



Rapoport, Yossef and Savage-Smith, Emilie, *Lost Maps of the Caliphs. Drawing the World in Eleventh-Century Cairo*, Oxford, Bodleian Library, 2018.

Susana Calvo Capilla y Azucena Hernández Pérez

Este libro de Rapoport y Savage-Smith es el resultado de la brillante investigación realizada sobre un interesante tratado de autor anónimo escrito en el Cairo entre 1020 y 1050: el *Libro de las Curiosidades de las Ciencias y las Maravillas para la vista* [*Kitāb garā'ib al-funūn wa mulah al-'uyūn*]. Una copia bellamente ilustrada salió a la luz en el año 2000 y fue adquirida por la Biblioteca Bodleian de Oxford en 2002 [Ms. Arab c.90] y debidamente publicada en edición facsímil con aparato crítico en 2014 por los mismos autores. Ahora, Rapoport, experto en cartografía islámica y Savage-Smith, arabista e historiadora de la ciencia, dan un paso más tomando el *Libro de las Curiosidades* como base para llevar al lector a un viaje a través de los conocimientos desarrollados por el Islam en materias de geografía, cartografía, astronomía, navegación, urbanismo y economía, vinculando todos esos saberes entre sí, según la visión unitaria de todo lo creado y de sus interrelaciones característica de la Edad Media.

El libro está bien estructurado, como lo está el tratado que analiza. Tras una introducción que da a conocer los avatares por los que pasó el manuscrito caiota hasta recalar en la Biblioteca Bodleian y todo lo que supuso su edición crítica y la puesta en valor del impresionante corpus de mapas y diagramas que lo ilustran, organizan los autores el libro en diez capítulos temáticos, uno final con las conclusiones y un anexo.

El *Libro de las Curiosidades* se escribió en el Egipto gobernado por la dinastía fatimí, de doctrina chií ismailí, y su estructura responde a los conceptos del pensamiento ismailí sobre el paralelismo entre lo celeste y lo terrestre. Esto y el interés por el conocimiento enciclopédico explican la interdisciplinariedad que impregna el texto, aunando cosmología, geografía y actividades socio-económicas. La cosmología descrita en el tratado responde al modelo ptolemaico de las ocho esferas: cinco planetarias, dos para el Sol y la Luna y la octava para las estrellas organizadas en 48 constelaciones. Este modelo estuvo vigente en todo el periodo medieval y es el esperado en un texto en árabe del siglo XI, pero la sorpresa aflora, en el caso de la astronomía, al encontrar datos sobre series de estrellas recogidas en tradiciones locales como las beduinas pre-islámicas y las egipcias prerromanas vinculadas a la figura de Hermes Trismegisto. Especial es el estudio, bellamente ilustrado, de las *al-kawākib dhawāt al-dhawā'ib* [«estrellas con briznas de cola»] y las *al-kawākib dhawāt al-ḥirāb al marsūmach* [«estrellas con tenues lanzas»] referidas a cometas, estrellas fugaces y lluvias de meteoritos. Los tratados de astronomía rara vez aluden a estos fenómenos porque sólo los cometas son realmente cuerpos celestes, siendo los meteoritos fenómenos visuales generados por la atmósfera terrestre. Este es uno de los varios ejemplos de la naturaleza peculiar de este texto que Rapoport y Savage-

Smith destacan y ponen en valor. La astronomía se muestra, no como una ciencia compleja reservada a los astrónomos sino como comprensible para un cortesano o un militar del califato fatimí en el Egipto del siglo XI. El autor del tratado se afana en mostrar como los diferentes estratos del macrocosmos condicionan el microcosmos y para ello explica las relaciones entre la estructura del cielo, con sus constelaciones, planetas y cometas con fenómenos puramente terrestres como los vientos o los terremotos e incluso acciones humanas como la fundación de ciudades. Mediante una exposición ordenada de las estrellas, planetas y cometas, huyendo de fórmulas matemáticas y acompañando las descripciones con diagramas y dibujos, alcanza el autor fatimí su objetivo.

Los mapas geográficos y celestes que ilustran el *Libro de las Curiosidades*, y cuya información desgranar los autores del libro, responden a las acepciones de historiadores de la cartografía como J. B. Harley o David Woodward, que consideran que «los mapas son representaciones gráficas que facilitan la comprensión espacial de las cosas».

El mapa que representa el mundo en formato rectangular, desplegado en una doble página en el manuscrito y portada de este libro, es sin duda su seña de identidad y el elemento que ha atraído más la atención de los estudiosos, incluidos Rapoport y Savage-Smith. El mapa rompe con la tradición de representar el mundo en formato circular y además incluye una escala en su parte superior que le dota de una dimensión matemática única en los mapas de la Antigüedad y la Edad Media. Llama también la atención que el mapa incluya 395 nombres de ciudades, no de regiones, como era habitual, y que represente el Sur en la parte superior y el Norte en la inferior como hará en 1154 el gran geógrafo y cartógrafo islámico al-Idrīsī en su muy conocido mapa del mundo. Rapoport y Savage-Smith consideran al mapa como hibridación de dos tradiciones cartográficas: la griega ptolemaica y la islámica del gran matemático, astrónomo y geógrafo abasí al-Jwārizmī [ca. 780-850]. Otros mapas, que completan el valor del *Libro de las Curiosidades* como tratado de geografía, son el de Sicilia, el más antiguo que se conserva de esta isla, el de Chipre, o la imagen única de la ciudad comercial de Tinnis en el Delta del Nilo, que fue destruida en el año 1227 durante las Cruzadas.

El *Libro de las Curiosidades* incluye una guía de navegación que, a diferencia de otras de periodo medieval, no refieren actividades mercantiles en el mar sino que muestran lo que los marinos necesitan para navegar correctamente en un momento en que no se podían ayudar por instrumentos. Rapoport y Savage-Smith destacan la capacidad naval del Egipto fatimí y sus ambiciones de expansión por el Mediterráneo, visibilizada en las detalladas descripciones de los puertos y las rutas de navegación bizantinas. La guía se ilustra con unos diagramas esquemáticos que son el único precedente conocido de los mapas portulanos que se realizaron a partir del siglo XIII.

El Mediterráneo se representa en el *Libro de las Curiosidades* como un gran óvalo, es decir, de un modo geométrico, abstracto, sin ninguna intención de reproducir las formas reales de las costas o las islas como ocurrirá después en los mapas portulanos; a su autor no le interesan las tierras costeras sino el espacio marítimo donde tiene lugar el ejercicio de la navegación. El mapa mira la tierra desde el mar y no el mar desde la tierra y responde a la visión de las costas que tiene un marino desde su barco y no a la representación fiel de los perfiles costeros. El óvalo marino se llena con 116 círculos que representan islas e islotes del Mediterráneo y dos rectángulos

más grandes para Sicilia y Chipre. En el borde del óvalo están identificados 121 puertos, indicando ciertos detalles para cada uno de ellos, como la facilidad para atracar, la cantidad de barcos admitida y si contaban o no con acceso a agua potable. En opinión de Rapoport y Savage-Smith, indicar esos detalles revela más un interés político y militar que comercial en los marinos que, en su opinión, debieron proporcionar esos datos al autor del tratado.

El que estos mapas fueran trazados en el Egipto fatimí entre el 1020 y 1050 se evidencia al constatar que en ellos no aparece explícitamente Egipto, ni Alejandría ni El Cairo, sino sólo las rutas que partían de allí. Son fundamentalmente imágenes del mar, como ventanas abiertas desde Egipto hacia los mares. En el caso del Mediterráneo se muestran las rutas marítimas, no aparecen las terrestres que conducían a Palestina y Siria, por ejemplo. Diferente es lo que ocurre en el mapa del océano Índico, oval como el del Mediterráneo, donde sí se incluyen áreas tierra adentro.

Los autores abordan las cuatro representaciones del Nilo que aparecen en el *Libro de las Curiosidades*, tres en mapas extensos y una en un mapa sólo dedicado al río. De forma general, los mapas responden a la geografía ptolemaica, con aspectos de la llamada «Escuela Baljí» de cartografía (que reúne a los geógrafos del siglo X, al-Iṣṭajrī, Ibn Ḥawqal y al-Muqaddasī) y detalles procedentes de las tradiciones copitas y norteafricanas. Se identifica la «Montaña de la Luna» como la primera y más importante fuente del Nilo, embalsándose en tres lagos en su largo recorrido hasta el Mediterráneo. La novedad es que se añade una fuente adicional situada al Oeste del río en unas dunas de arena y una montaña nevada que, según la tradición copta y norteafricana, es la responsable de las inundaciones periódicas del Nilo.

Notable es el estudio de los planos de ciudades portuarias de Sicilia (especialmente Palermo), Mahdia (hoy en Túnez) y Tinnis (cerca de Port Said, Egipto). Las tres estaban bajo control del califato fatimí a finales del siglo X y sus imágenes expresan su poder político, militar y comercial. Se detienen Rapoport y Savage-Smith en explorar el mensaje político de los mapas medievales islámicos en general y de estos en particular. Las representaciones cartográficas intentaban ser universales, sin imágenes de los gobernantes de cada región como sucederá en los mapas portulanos europeos, y presentaban con detalle las rutas comerciales. Sin embargo, los fatimíes parecen expresar a través de ellos sus ambiciones políticas, sus pretensiones expansionistas en el Mediterráneo oriental que, por las fechas en que fue compuesto el *Libro de las Curiosidades*, estaban ya tocando a su fin. En los planos de estas ciudades se incluyen murallas y puertas, defensas de los puertos y edificios fortificados, mostrando su inexpugnabilidad. Constituyen, además, el conjunto de planos de ciudades más antiguo conocido, hitos ineludibles para estudiar el desarrollo de la cartografía urbana islámica.

El Mediterráneo fatimí fue un mar bien distinto del de época moderna o del actual: no se trazaron fronteras entre Bizancio, territorios cristianos y el Islam, la división no era religiosa; las barreras eran, sin embargo, evidentes entre el este y el oeste. Tampoco se establecieron fronteras económicas como en nuestros días, entre otras cosas porque la balanza comercial y tecnológica entonces se inclinaba hacia las orillas del sur. Mientras que el Mediterráneo oriental se presenta separado de la mitad occidental, no hay una clara línea de separación entre el norte y el sur, entre Bizancio y el califato fatimí.

En estos mapas hay un Mediterráneo familiar al anónimo autor del *Libro de las Curiosidades*: las rutas que unían el área del delta del Nilo con Mahdia, Sicilia, las

costas de Anatolia y las islas del Egeo, un mar tanto islámico como bizantino. En el mapa ovalado del mar, las ciudades costeras señaladas evidencian un gran desequilibrio entre el Este, con mucha información, detallada y precisa, y el Oeste [las costas del Magreb, por ejemplo], con referencias escasas y a veces mal localizadas. Bizantinos y fatimíes aparecen integrados, con rutas que unían ciudades de uno y otro lado directamente. Esto quedaría justificado, en opinión de los autores, por el incremento del volumen comercial entre ambos, tras una serie de tratados de paz firmados tras el año 1000. En El Cairo y Alejandría había comerciantes bizantinos y en Constantinopla los había fatimíes. Un testimonio de ello es el barco encontrado en Serçe Limani, al sur de Anatolia, frente a la isla de Rodas, que naufragó después de 1025 cuando volvía a tierras bizantinas desde las costas fatimíes de Líbano o Palestina. Iba cargado con pesas usadas en las transacciones entre ambos territorios y con toneladas de desechos de vidrio para reciclar en los talleres de Constantinopla. Curiosamente, algo después de la redacción del *Libro de las Curiosidades*, llegaría a Denia un barco cargado con objetos de bronce de las costas fatimíes orientales para reciclar en talleres de este reino taifa andalusí, una ruta comercial quizá desconocida, ignorada o poco relevante para el autor del tratado.

La importancia de la ruta entre Sicilia, Mahdia, y Tinnis, o Alejandría, también aparece en los documentos de la Geniza cairota, analizados por S. D. Goitein en *A Mediterranean Society*. El punto de partida de los comerciantes judíos referidos en esos textos era Alejandría y la segunda localidad más importante era Mahdia. Recientemente Jessica Goldberg usó las cartas de la Geniza para trazar en un mapa las rutas de los mercaderes del siglo XI y obtuvo un triángulo que unía los puertos egipcios con Mahdia y Palermo para volver de nuevo a Egipto. La información coincide con el *Libro de las Curiosidades*, salvo por la invisibilidad de Alejandría. A. L. Udovitch demostró que los mercaderes de la Geniza consideraban Alejandría como parada obligatoria, pero la ciudad era dependiente de Fustat (Cairo) comercialmente hablando, como si fuera un suburbio de ésta. Dado que El Cairo tampoco se menciona, es comprensible dicha ausencia.

Llama la atención, en cambio, la riqueza de los detalles de las costas bizantinas, que no tiene precedentes en otras fuentes árabes geográficas ni coincide con lo que indica la documentación de la Geniza, donde «Bizancio es un espacio en blanco» según Goldberg. La posible razón es que Anatolia y el Egeo no formarían parte de la red comercial de aquellos comerciantes judíos y sí de otros, por ejemplo, los del barco de Serçe Limani.

Los mapas del libro pudieron tener también un uso militar por la inclusión de puertos y arsenales. Fatimíes y bizantinos competían por el Mediterráneo oriental. Las décadas finales del siglo X fueron de enfrentamiento entre las dos potencias. No obstante, el *Libro de las Curiosidades* fue escrito en un momento de paz, cuando las confrontaciones bélicas dejaron paso a los negocios comerciales. Bizantinos y musulmanes tenían galeras y navíos semejantes, seguían tácticas navales similares y desarrollaron sendas leyes marítimas influidas por dicha relación. Incluso usaban nomenclatura griega de navegación como se ve en los mapas, sobre todo para los nombres de los vientos y fenómenos meteorológicos.

Rapoport y Savage-Smith intentan, en cada caso, explorar el origen de la información que manejaba el autor del *Libro de las Curiosidades*. El detalle con que se describen las costas bizantinas sugiere un conocimiento directo, probablemente a través de los capitanes fatimíes y de las tripulaciones de los barcos comerciales. Pero

¿cómo se recopiló esa información? ¿Los informantes fueron prisioneros, corsarios, capitanes de la flota? Bien pudieron ser comerciantes, siempre potenciales espías.

El tratado incluye los mapas del océano Índico y de las costas de la India y de Sind (actual Pakistán), la puerta de entrada de los fatimíes en China. A diferencia de los mapas anteriores, para estos no contaba el autor con información de primera mano sino sólo con referencias genéricas que circulaban por el Egipto de la época y las noticias de comerciantes que frecuentaban esa ruta transmitidas por misioneros ismailíes. Eso explica las confusiones entre el Indo y el Ganges, por ejemplo. El *Libro de las Curiosidades* resulta extraordinario porque revela la existencia de rutas diferentes de las ya conocidas a través de otras fuentes geográficas. Así, se pone de manifiesto que la Ruta de la Seda y la ruta marítima ya no eran las más frecuentadas o preferidas hacia China a finales del siglo X, sino las rutas terrestres a través del Tíbet, las llamadas Rutas del Almizcle.

Los mapas del área del Yemen, Golfo de Adén y costa Suajili, correspondiente a Tanzania y las islas de Zanzíbar, Pemba, Kilwa y otras menores, también se incluyen en el manuscrito. Yemen y la ruta comercial de Adén aparecen como un área estratégica para los intereses de Egipto y de los fatimíes pues eran su acceso hacia el sur de África. Tanto griegos como romanos habían frecuentado las costas de Tanzania y los fatimíes retomaron la ruta para acceder a materiales como el marfil y el cristal de roca, transformadas en manufacturas de lujo en los talleres del Cairo. Los recursos naturales de la zona explican por qué en el tesoro encontrado en 1984 en Mtambwe, en la isla de Pemba, aparecieron numerosas monedas de oro, plata y cobre fatimíes (trece), abasíes, persas, chinas, y hasta una andalusí. Deducen Rapoport y Savage-Smith que los fatimíes no tenían intereses militares en el océano Índico, pero sí de carácter comercial y como área de propagación de la doctrina ismailí.

Era frecuente en la cartografía medieval incluir el género de las «maravillas», pero en eso también es novedoso el *Libro de las Curiosidades* porque su autor no mezcló la información geográfica con aquellas historias, ni las ilustró, como sucedía habitualmente.

El anexo que cierra el libro aborda la evolución en el levantamiento de horóscopos, desde su invención en Egipto cuando fue provincia romana en siglo I a.C. hasta el siglo XI, basada en el aumento de conocimientos sobre la bóveda celeste, cuya geometría permitía fijar con precisión las posiciones de signos zodiacales, planetas y los llamados «pseudo-planetas», a saber, Cabeza y Cola de Dragón, correspondientes a los dos nodos lunares.

¿Quién pudo ser o qué perfil pudo tener el autor del *Libro de las Curiosidades*? Rapoport y Savage-Smith plantean en las conclusiones del libro la posibilidad de que fuera alguien cercano al círculo misionero, que pudo visitar algunos lugares del Mediterráneo (Palermo, por ejemplo) quizá como militar. En este sentido, no tenía formación erudita o científica pero sí cartográfica. Dado que sólo contamos con una copia realizada hacia 1200, podemos sospechar que los dibujos originales eran mejores. El tratado rezuma ismailismo en todas sus páginas y refleja bien las ambiciones militares del califato fatimí. Bien pudo ser el califa quien encargó la obra para su biblioteca, aventuran los autores.

El *Libro de las Curiosidades* es ante todo un logro de la cartografía islámica, una muestra más de la contribución científica del Islam, forjada desde tiempo atrás mediante la práctica de la investigación a partir del legado científico grecolatino. El libro nos muestra la necesidad de revisar nuestra idea de medioevo como el fruto de

polos enfrentados y de considerar estos ejercicios de plasmación del universo, terrestre y celeste, como un reflejo de un mundo más interconectado y más transitable de lo que hoy queremos creer. Lectura recomendada, por tanto, para abandonar, ojalá definitivamente, nuestros prejuicios euro-céntricos y nuestra visión miope de los siglos que hemos calificado de medievales.